

astros. / Tú no eres como nubes / que surgiendo invioladas / se deshacen. Tú no eres / como tigres que hudiendo sus garras / en los árboles / desaparecen". Termina con este verso que vale por todo el poema: "es sólo el brillo de unos ojos eternos". (La Mujer vestida de sol). (Pág. 55). En la poesía dedicada a la Madre, dice en la tercera estrofa: "Desde un comienzo, en tus brazos / aprendí a mirar las cosas desde arriba. / Por eso, / al pisar los troncos caídos de los bosques del sur / una nostalgia de las lejanas cúpulas batía en mí sus alas. / Así como un día me tuviste en tu interior, / yo te llevo a tí ahora dentro de mí sangre, / río que en mí agita sus aguas buscando su originaria altura de nieve". (Pág. 59).

Como lo anuncia el título de la obra, la poesía de Hernán Montealegre, jubilosa y recogida, es un largo Aleluya que nos acerca a la inmensidad de Dios.

F. A. B.

<https://doi.org/10.29393/At410-139EVVM10139>

El Expreso de Von Ryan, de DAVID WESTHIMER.
Editora Zig-Zag, 1965.

Ciertas experiencias bélicas dieron a este escritor elementos para construir un relato novelesco, rico en evocaciones reales, no exento de suspenso bien dosificado, funcional en definitiva.

El protagonista se nos presenta de un solo intento, se planta en la médula de los hechos, sigue viviendo en calidad de héroe moderno.

David Westhimer actuó como aviador durante la Segunda Guerra Mundial. Conoció a individuos enérgicos, con un gran sentido de la disciplina. Por eso su libro es un canto al orden, a varios aspectos de la audacia.

Quizás en la vida real los hechos no suceden con la seguridad y precisión que son norma en esta aventura. Pero el arte tiene la gracia de crear situaciones difíciles, más valiosas que la propia realidad. Y ahí tenemos al personaje central convertido en arquetipo.

Al margen de la fábula, muy interesante, valen en este libro la técnica novelesca, la rapidez y esquematismo de los diálogos, la seguridad del autor para delinear a sus criaturas excepcionales.

Cada uno de estos seres tiene su psicología, procede en función de su circunstancia, sin olvidar el nervio de disciplina que se impone desde las primeras escenas del relato.

Nos presenta a un prisionero de guerra. Lo natural es suponerlo cohibido. No es así. Tal llamada de atención sujeta el interés del lector.

"El centinela quedó mirando al oficial norteamericano, con la boca abierta, los ojos huidizos y prominentes.

"—¡Rápido, soldado! —gritó el americano.

"—Coronel —tartamudeó el joven subteniente italiano que lo escoltaba—, no entiendo.

"—Entonces explíqueme —ordenó el americano".

Marcando el ritmo de la novela, los capítulos habrán de ligarse con un ritmo vertiginoso. Es posible que algunos lectores adivinen el desenlace. Claro está que la novela de Westhimer vale por su desarrollo, por los atisbos analíticos que galopan sin detenerse.

Bien vista las siluetas físicas y morales de algunos soldados. No abundan los párrafos subalternos, ni las digresiones que tiendan a engrosar el tema. El autor ha disparado los problemas en línea recta. Y persigue, certero, la meta que señaló a sus prisioneros.

Cuando se cierra la última página del libro, la imagen de Ryan vuelve a levantarse con las mismas ínfulas que señalaron su entrada en el relato. Gran virtud la de un libro que se mantiene en el mismo tono emotivo con que fue iniciado.

Este héroe, un tanto exagerado, merece admiraciones reales y líricas. Y eso es bastante.

En varios países, "El expreso de von Ryan" tuvo un éxito sin precedentes. Quizá porque las personas, que viven los recuerdos de una pasada experiencia bélica, han asentado en las celdillas de su espíritu la imagen de unos héroes invencibles, de unos guerreros que hacen posible el milagro de saltar lejos de su propia sombra, de su limitación corporal y anímica.

La verdad dolorosa de unos campos de concentración encuentra su contrapartida en unos personajes vencedores y casi invencibles. Las infinitas peripecias que viven los personajes de esta novela llegan a convertirse en cálculo certero de probabilidades. Una matemática interior parece regir los actos de un grupo de hombres, vencidos en apariencia, no disminuidos sin embargo.

V. M.

Poesía de nuestro tiempo, de J. M. COHEN. Breviarios del Fondo de Cultura, N° 171, México, 1963. Traducción de Augusto Monterroso

En el prefacio, Cohen se anticipa a justificar su libro: es el producto de preferencias personales. Las inevitables omisiones son presentadas como problemas derivadas del espacio.

El capítulo primero, *Le frisson nouveau* (pp. 11-31), coge su nombre de una carta que, en 1857, escribiera Víctor Hugo a Baudelaire: "Has dotado al cielo del arte con no sé qué rayo macabro, has creado un escalofrío nuevo".

El capítulo segundo, *Diferentes formas de fracaso* (pp. 32-48), busca, a través de textos poéticos, los problemas de las dificultades expresivas en un momento de derrumbe de la sociedad de comienzos de siglo; ilustran esto Blok y Yeats (mediante las formulaciones proféticas de sus poemas *El campo de Kulikovo* y *The Second Coming*, respectivamente), von Hoffmansthal y Eliot.